

la suya,—ha llegado el momento de separarnos. No necesito deciros que hemos cenado *como amigos*, y que, si queremos continuar siéndolo, debemos olvidar todo lo que aquí se ha dicho.

Los tres, muy turbados, protestaron de su discrección. Gounsovski añadió rudamente: “¡Servicio del Czar!”, y los tres balbucearon: “¡Que Dios guarde al Czar!” Luego los despidió, y una vez cerrada la puerta, exclamó el jefe de la *Okrana*: “¡Ah, pequeña *Annouchka*; no hay venganza posible sin contar conmigo!” Acto seguido dirigióse al canapé donde se hallaba tendido el olvidado Rouletabille, y le dijo dándole un golpecito en la espalda:

—¡Vamos! ¡Arriba! ¡No os hagáis más el dormido! ¡No hay minuto que perder! ¡Esta noche ha de resolverse el asunto *Trebassof*!

El periodista se levantó vivamente.

—¡Ah, caballero!—dijo.—No era preciso que me lo dijerais para que yo lo supiera; pero, de todos modos, gracias, y buenas noches.

Y echó a correr.

Gounsovski llamó, y presentóse un *schelavieck*, al cual dió esta orden:

—Di que ya pueden abrir todos los gabinetes de los corredores, y no los retengo más. (Así fueron libertados los amigos que por allí cerca velaban por su seguridad.) Una vez solo, el jefe de la *Okrana* se enjugó la frente, y se

sirvió un gran vaso de agua helada, que vació de un solo trago. Luego dijo: —Kuprian tendrá ta-

rea esta noche: le deseo buena suerte.

En cuanto a ellos, ocurra

lo que quiera, me lavo

las manos. Y se

las frotó.

X.—DRAMA EN LA NOCHE

A la puerta de Krestowsky, Rouletabille, que buscaba un *isvotchik*, saltó a una calesa en la cual acababa de montar la bella Onoto. La bailarina le recibió sobre las rodillas.

—¡A Elaguine a todo escape!—gritó el repórter por toda explicación.

—¡Scari! ¡Scari! (¡Aprisa, aprisa!)—repitió Onoto.

Iba acompañada de un personaje indefinido, al cual ni uno ni otra prestaban la menor atención.

—¡Qué noche! Mas ¿qué es eso? ¿No dormíais?—preguntó la bella actriz. Pero Rouletabille, de pie tras el enorme cochero, animaba a los caballos, dirigía la marcha del vehículo, que se internó en las sombras de la noche en una carrera vertiginosa. A la entrada de un puente mandó parar. Los caballos se detuvieron humeantes, y relincharon encabritados. El repórter dió las gracias, saltó en las tinieblas, y desapareció.

—¡Qué país! ¡Qué país! ¡Caramba!—exclamó la artista española.

El coche se detuvo algunos minutos, y luego regresó hacia San Petersburgo.

Rouletabille se había apeado a la orilla del ribazo, y lentamente, tomando infinitas precauciones para no descubrir su presencia con el más leve ruido, avanzó hacia

el lado donde era más ancha la corriente. Bien pronto, sobre la oscuridad de la noche destacóse como una enorme mancha la masa, aún más negra, de la quinta Trebasosof. El joven se detuvo. Habíase deslizado hasta allí como una culebra por entre las cañas, las hierbas y los helechos. Estaba a retaguardia de la quinta, cerca del agua, no lejos del pequeño sendero *donde había descubierto el paso del asesino* gracias a los rotos hilos de la Virgen. En aquel momento se mostró la Luna, y los abedules del camino, que poco antes eran como grandes troncos negros, tornáronse como cirios blancos que parecían iluminar aquellas soledades inquietantes.

El repórter trató de aprovecharse inmediatamente de aquella claridad repentina para cerciorarse de si se habían tenido en cuenta sus advertencias y si estaban guardadas por aquel lado las cercanías de la quinta. Cogió una piedrecilla, y la lanzó en el sendero bastante lejos de sí. Al oír aquel ruido insólito, tres o cuatro sombras de cabeza se dibujaron inmediatamente en el suelo iluminado por el astro nocturno; pero en seguida volvieron a desaparecer, confundiéndose con las grandes y frondosas matas.

Estaba informado.

El fino oído del repórter percibió que alguien se deslizaba hacia él produciendo un levísimo crujido de ramas; luego, de pronto, una sombra se extendió a su lado, y sintió en la frente el cañón frío de un revólver. El joven dijo: "¡Kuprian!", y en el acto una mano estrechó las suyas.

La noche se hizo opaca otra vez. El joven murmuró:

—¿Cómo estáis aquí vos en persona?

El jefe de la policía le respondió al oído:

—Me han dicho *que esta noche ocurrirá algo*. Natacha ha ido a Krestowsky y ha cruzado algunas palabras con

Annouchka. El príncipe Galitch está mezclado en el asunto, que es un negocio de Estado.

—¿Ha vuelto Natacha?—preguntó Rouletabille.

—Sí; hace ya mucho tiempo. Debe de haberse acostado. Siempre que va a ocurrir algo hace como que está acostada. La luz de su cuarto, en la ventana del jardín, está apagada.

—¿Habéis prevenido a Matrena Petrovna?

—Sí; le he dado aviso de que esta noche hay que estar muy en guardia.

—Habéis cometido un desacierto: yo no le hubiera dicho nada. Tomará tales precauciones, que bien pronto lo advertirán los otros.

—Le he hecho saber que convenía que no bajase en toda la noche al piso inferior, y que no se alejara del cuarto del General.

—Está bien, si os obedece.

—Ya veis que he aprovechado bien todos vuestros informes y he seguido las instrucciones que me disteis. El camino de la quinta de Krestowsky está bien vigilado.

—Tal vez demasiado. ¿Cómo vais a proceder?

—Le dejaremos entrar. No sé con quién he de haberme, y quiero obrar sobre seguro; cogerle infraganti. ¡Nada de historias después! ¡Confíad en mí!

—¡Adiós!

—¿Adónde vais?

—A acostarme. He pagado mi cuenta en el hotel, y tengo derecho a ir a descansar. ¡Buena suerte! Pero Kuprian le había cogido la mano.

—¡Escuchad!—le dijo.

En efecto; prestando un poco de atención, percibíase en el agua un leve chapoteo. Si una barca bogaba a tales horas por aquel sitio del Neva y quería permanecer oculta, había

elegido buen momento. Una nube enorme encapotaba la Luna, y el viento era suave: la barca tendría tiempo para ir de una orilla a otra sin quedar al descubierto. Rouletabille no esperó más. Echándose a gatas, corrió rápida y silenciosamente hasta el muro de la quinta, a la cual dió la vuelta, llegó a la verja, y ocultándose a los *dvornicks*, preguntó a Ermolai, que se había apresurado a abrirle:

—¿La barinia?..

Ermolai le mostró con la mano el primer piso.

—¡Carachó!

Rouletabille había atravesado ya el jardín; a fuerza de puños se izaba a la ventana que daba al cuarto de Natacha, y escuchaba. Oyó perfectamente que la joven andaba de acá para allá en la habitación a oscuras. Echóse al suelo con ligereza, subió la escalera de la galería, abrió la puerta, y volvió a cerrarla tras sí con tal habilidad, que Ermolai, que le miraba hacer desde fuera a dos pasos de allí, no percibió el menor roce. Ya en el interior de la casa, Rouletabille avanzó a tientas. Encontró abierta la puerta del salón grande; la del saloncillo tampoco la habían cerrado, o habían vuelto a abrirla. Volvió sobre sus pasos, tocó en la sombra un sillón, y se sentó en él para esperar los acontecimientos, que no debían tardar en sobrevenir, dispuesto a todo, con la mano en el revólver oculto en el bolsillo. Arriba oía distintamente de vez en cuando los pasos de Matrena Petrovna, lo cual evidentemente tranquilizaría a los que aquella noche necesitaban que el piso bajo estuviera libre. Rouletabille imaginó que las puertas de todas las habitaciones habían quedado abiertas, para que a *los que anduvieran abajo* les fuera más fácil enterarse de lo que ocurría arriba. Y tal vez no se engañara.

De repente un rayo vertical de pálida luz entró por la ventana del saloncillo que daba al Neva. De aquí dedujo

dos cosas: en primer término, *que la ventana estaba ligeramente abierta*, y además, que la Luna había vuelto a lucir. El rayo luminoso se extinguió casi en seguida; pero los ojos de Rouletabille, ya habituados a la oscuridad, seguían distinguiendo la línea de abertura de la ventana: en aquel punto la sombra era menos opaca. De pronto sintió que la sangre le latía sordamente en las sienes, *porque la línea de abertura de la ventana se ensanchaba... se ensanchaba*, y una sombra humana se enderezaba en el balcón. Rouletabille sacó el revólver.

El hombre se incorporó inmediatamente detrás de una de las maderas entreabiertas, y dió un ligero golpe en la vidriera. Colocado como estaba a la sazón, no se le veía: su sombra se confundía con la del postigo. Abrióse con precaución la puerta de Natacha, y la joven penetró en el saloncillo. Andando de puntillas, se acercó rápidamente a la ventana, la abrió, y entró el hombre. La escasa luz que entonces comenzaba a difundirse iluminaba a Natacha lo suficiente para que Rouletabille notase que conservaba su tocado de la vispera, en el cual se había fijado durante la noche en Krestowsky. En cuanto al hombre, sería en vano que hubiese pretendido reconocerle: no era más que una masa oscura envuelta en una capa. Inclínose para besar la mano de Natacha, la cual pronunció una sola palabra "¡Scari!" (¡aprisa!).

Pero aún no lo había dicho, cuando ya, bajo un esfuerzo vigoroso, separáronse rápidamente los dos batientes de la ventana, y saltaron dentro dos sombras silenciosas que surgieron en el balcón. Natacha lanzó un grito desgarrador, en el cual Rouletabille creyó percibir más desesperación que espanto, y las sombras cayeron sobre aquel hombre, que a la primera alarma se arrojó sobre la alfombra, deslizándose por entre las piernas de los asaltantes; ya se

hallaba a horcadas en el balcón, cuando los otros se volvieron hacia él. Por lo menos, así fué como Rouletabille creyó ver desenvolverse la misteriosa lucha en la penumbra, en medio del más emocionante silencio después del espantoso grito de Natacha. La escena había durado unos cuantos segundos, y aún estaba el hombre suspendido en el vacío, cuando en el fondo de la sala surgió un nuevo personaje: era Matrena Petrovna.

Advertida por Kuprian de que algo iba a pasar aquella noche, y previendo que ocurriría en el piso bajo, supuesto que le habían prohibido permanecer en él, no se le había ocurrido cosa mejor que hacer subir en secreto a su nodriza al piso superior y ordenarle que toda la noche anduviera de acá por allá a fin de que creyesen que ella permanecía al lado del General, mientras que en realidad estaba abajo, en el comedor.

Matrena Petrovna se abalanzó, pues, al balcón, gritando en ruso: "¡Tirad! ¡Tirad!" y es lo que ocurrió en el momento en que el hombre vacilaba entre saltar, con riesgo de romperse la cabeza, o bajar por el camino menos rápido del canalón. Disparó un agente sobre él; pero falló el tiro, y el hombre, después de haber tirado a su vez y derribado al agente, desapareció. Aún había demasiado poca claridad para que fácilmente pudiera distinguirse lo que ocurría abajo, donde sólo se oía el chasquido de las *brownings*. Nada más siniestro que aquellos pistoletazos no acompañados de gritos, al iniciarse el crepúsculo matinal. Antes de desaparecer, el hombre sólo había tenido tiempo de echar abajo de un puntapié una de las escalas que para subir habían utilizado sus agresores, los cuales, y aun el agente herido, descendieron formando un racimo por la que les quedaba disponible, y en seguida echaron a correr tras la sombra fugitiva, que se alejaba descargando

incesantemente su *browning* de repetición. Otras sombras acudieron desde el río y se agitaban en la niebla. De pronto resonó la voz de Kuprian, que daba órdenes excitando a sus agentes a la persecución, y les ordenaba llevarle la caza viva o muerta. En el balcón, Matrena Petrovna empezó a gritar también como una salvaje. En vano Rouletabille, que estaba a su lado, pretendía hacerla callar. Estaba delirante, con el pensamiento de que *la otra* pudiera escaparse. También ella disparó un tiro a bulto, sin preocuparse de a quién podría dar. Rouletabille le arrancó el arma de las manos, y al revolverse contra él prorrumpiendo en violentas injurias, reparó en Natacha, que inclinada sobre la barandilla, con los labios temblorosos por un murmullo insensato, pálida como la muerte, seguía las fases de la lucha, tratando de comprender lo que ocurriría allá bajo los árboles, cerca del Neva, donde se extinguía el tumulto de la carrera. Matrena Petrovna la levantó a puñetazos. Sí; la cogió por la garganta, y la arrojó al salón como un fardo. Entonces, cuando tal vez iba a estrangular a su hijastra, Matrena Petrovna advirtió que el General estaba allí. A la primera claridad del alba, parecía un espectro. ¿Por qué especie de milagro Feodoro Feodorovitch había podido llegar hasta allí? ¿Cómo se había arrastrado? Temblaba de cólera o de dolor bajo el amplio capote de soldado que llevaba suelto sobre los hombros. Con voz ronca preguntó:

—¿Qué pasa?

Matrena Petrovna se arrojó a sus pies, hizo la señal ortodoxa de la cruz, como si quisiera poner a Dios por testigo de sus palabras, y señalando a Natacha, la denunció a su marido como se la hubiera señalado a un juez.

—Hay, Feodoro, que otra vez han querido asesinarte, y quien esta noche ha abierto la casa al asesino es tu hija.

El General se apoyó con ambas manos en la pared contra la cual se deslizaba, y mirando a Matrena y a Natacha, ambas suplicantes y de hinojos, contestó a su esposa:

—¡Eres tú quien me asesina!

—¿Yo? ¡Por Dios!—gimió desesperadamente Matrena Petrovna.—¡Bendito Jesús si hubiera podido ocultártelo! Pero no hablaré más, por no crucificarte, Feodoro Feodorovitch. Pregunta a tu hija, y si lo que digo no es verdad, mátame; mátame como a una bestia abominable y maldita, que yo te daré las gracias, y moriré dichosa si no es cierto lo que te digo.—¡Ah! ¡Ya quisiera haber muerto! ¡Mátame!

Feodoro Feodorovitch la rechazó con el bastón como pudiera haber apartado una carroña. Sin añadir palabra alguna, terrible y feroz, incorporóse la dama, y con ojos extraviados, con mirada de loca, buscó el arma que le había arrebatado Rouletabille. Si todavía la conservara entre las manos, no habría vacilado un segundo en hacerse pronta justicia, ya que había tenido la desgracia de atraer sobre sí el desprecio de Feodoro. El aterrado periodista creía asistir a una de aquellas horribles escenas de familia a cuyo desenlace, allá en tiempos de Pedro el Grande, un padre o un esposo reclamaba la intervención del verdugo.

El General no se dignó siquiera detenerse un punto a considerar el delirio de Matrena, y dirigiéndose a su hija, que sollozaba desgarradoramente en el suelo, le dijo:

—¡Levántate, Natacha *Feodorovna!*

Y la hija de Feodoro comprendió que su padre nunca la creería culpable. Acercóse a él, y le besó las manos como una esclava agradecida.

En aquel momento sonaron golpes repetidos en la puerta de la galería. Matrena, perra de presa pronta a morir por el desprecio de Feodoro, pero en su puesto, acudió

prontamente a lo que tal vez creyese que era un nuevo peligro; pero reconoció la voz de Kuprian, el cual rogaba que le abrieran. Ella misma le franqueó la entrada.

—¿Y bien...?—le dijo.

—*Ha muerto.*

Un grito le respondió. Natacha lo había oído.

—¿Y quién es, quién es?—preguntó Matrena anhelante. Kuprian avanzó hasta Feodoro, y le estrechó las manos.

—General—le dijo,—un hombre que había jurado perdidos, era instrumento de vuestros enemigos. Ese hombre acaba de morir.

—¿Le conocía yo?—preguntó Feodoro.

—Era vuestro amigo; le tratabais como a un hijo.

—Su nombre...

—¡Preguntádselo a vuestra hija, General!

Feodoro se volvió a su hija, que abrasaba con los ojos a Kuprian tratando de adivinar si decía verdad o si mentía.

—¿Conoces tú al hombre que quería matarme, Natacha?

—¡No!—respondió la joven a su padre con verdadero acento de furor.—¡No! ¡A ese hombre, yo no le conocía!

—Señorita—dijo Kuprian con voz firme y terriblemente hostil,—vos misma, con vuestras propias manos le habéis abierto esta noche esa ventana; aunque es verdad que ya se la habíais abierto muchas veces. Mientras cada cual cumplía aquí con su deber y velaba por que nadie penetrase en una casa donde dormía el general Trebassof, gobernador de Moscovia, condenado a muerte por el Comité central revolucionario reunido en Presnia, vos introducíais al enemigo en la plaza.

—Responde, Natacha; responde si durante la noche has introducido a alguien en esta casa.

—¡Padre, es verdad!

Feodoro rugió como un león.

—¡ Su nombre!

—Os lo dirá este caballero—contestó Natacha con voz todavía enronquecida por el terror; y designaba a Kuprian.—¿ Por qué no os dice él mismo el nombre de esa persona? Conoce a ese hombre, supuesto que le ha hecho morir.

—Y si ese hombre no hubiera muerto—replicó Feodoro, que visiblemente trataba de dominarse;—si ese hombre a quien de noche dabas entrada en mi casa hubiera logrado escapar, como pareces esperarlo, ¿ me dirías su nombre?

—No podría decíroslo, padre mío.

—¿ Y si yo te lo rogase?

Natacha movió negativamente la cabeza.

—¿ Y si yo te lo ordenara?

—Podréis matarme, padre mío; pero no pronunciaré ese nombre.

—¡ Desdichada!

Y levantó el bastón sobre ella. Así Iván el *Terrible* mató a su hijo de un porrazo.

Pero en vez de abatir la cabeza bajo el golpe que la amenazaba, Natacha se volvió hacia Kuprian, y exclamó con acento de triunfo:

—¡ No ha muerto! ¡ Si hubieras logrado apoderarte de él, muerto o vivo, ya hubieras dicho su nombre!

Kuprian dió dos pasos hacia ella, púsole la mano en un hombro, y dijo:

—¡ *Miguel Nikolaievitch!*

—¡ ¡ Miguel Korsakoff!!—exclamó el General.

Matrena Petrovna, como escandalizada por esta revelación, se levantó para repetir:

—¡ ¡ Miguel Korsakoff!!

El General, que no podía creerlo, iba a protestar, cuan-

do notó que su hija desfallecía y trataba de huir hacia su cuarto. La detuvo con un gesto terrible, diciendo:

—¡ Natacha, vas a decirnos lo que Miguel Korsakof venía a hacer aquí por la noche.

—¡ Feodoro Feodorovitch, venía a envenenarte!

Fué Matrena quien lo dijo: hubiérale sido imposible callar, porque veía en la fuga de Natacha la más siniestra confesión.

Como una furia vengativa habló a gritos, y presa del terror que aún la acongojaba, como si todavía continuara alargándose ante sus ojos la mano armada del veneno, la mano misteriosa que vió aparecer por encima de la cabecera de su querido enfermo, de su amado e implacable tirano, refirió lo sucedido la noche precedente, y todas sus angustias; y en sus labios parlanchines y chillones aquella lúgubre evocación adquiría sorprendente relieve. En fin, dijo todo lo que habían hecho ella y el joven francés para no descubrirse a la *otra*, para coger en una celada al que durante tantos días y tantas noches, sin que hubiera sido posible sorprenderle, *acechaba la muerte de Feodoro Feodorovitch*. Al terminar dirigióse a Feodoro, y mostrándole a Rouletabille exclamó:

—¡ He ahí el que te ha salvado!

Oyendo este trágico relato, Natacha se contuvo muchas veces para no interrumpirle, y el periodista, que la miraba atentamente, comprendía que para conseguirlo necesitaba hacer esfuerzos sobrehumanos. Todo el horror de lo que *para ella, como para Feodoro*, parecía ser una revelación del crimen de Miguel, no la abatía; antes al contrario, le devolvía todas sus fuerzas, toda la vida que pocos segundos antes la abandonaba. Apenas hubo acabado de decir Matrena "¡ He aquí el que te ha salvado!", la joven gritó a su vez frente a Rouletabille, al cual lanzaba

espantosas miradas de odio: "¡He aquí el que ha hecho matar a un inocente!" Y volviéndose a su padre, añadió:

—¡Ah, papá! ¡Déjame, déjame decir que Miguel Nikolaievitch, que ha venido aquí esta noche, lo confieso, a quien esta noche he introducido aquí, es verdad, Miguel Nicolaievitch *no vino ayer*, y que el hombre que ha intentado envenenarte *era otro!*

Al oír estas palabras Rouletabille palideció, pero lo disimuló cuanto pudo, y dijo sencillamente:

—No, señorita: era él mismo.

Y Kuprian creyó deber añadir:

—Además, hemos encontrado pruebas de las relaciones de Miguel Nikolaievitch con los revolucionarios.

—¿Dónde?—preguntó la joven, volviendo hacia el jefe de la policía su faz terriblemente angustiada.

—En la quinta de Krestowsky, señorita.

Natacha le miró largamente, como si hubiera querido penetrar hasta el fondo de su pensamiento.

—¿Qué pruebas?—volvió a decir.

—Una correspondencia que hemos sellado.

—¿Iba dirigida a él? ¿Qué especie de correspondencia es ésa?

—Si os interesa, la examinaremos delante de vos.

—¡Dios mío, Dios mío!—gimió la doncella.—¿Dónde habéis hallado esa correspondencia? ¡Decidme dónde! ¿Dónde?

—Ya os lo he dicho: en la quinta, en su cuarto. Hemos descerrajado el cajón de su escritorio.

Natacha pareció respirar con cierto alivio; pero su padre la cogió brutalmente por un brazo, y dijo:

—¡Vamos, Natacha; dinos lo que ese hombre venía a hacer aquí de noche!

—¡En su cuarto!—exclamó Matrena.

Natacha se volvió hacia su madrastra, y replicó:

—¿Qué creéis? ¡Decidlo!

—Y yo, ¿qué debo creer?—vociferó Feodoro.—¡Todavía no me lo has dicho! ¿Ignorabas que ese hombre tenía relaciones con mis enemigos? Tal vez seas inocente de eso. ¡Quiero creerlo! ¡La veo! ¡En el nombre del Cielo, lo veo! Pero ¿por qué le recibías? ¿Por qué? ¿Por qué le introducías aquí como a un ladrón, como a un...?

—¡Ah, papá! ¡Bien sabes que amó a Boris, que le amo con todo mi corazón, y que sólo seré suya!

—Entonces... Entonces... ¿Hablarás?

La joven sufrió una verdadera crisis.

—¡Ah, padre mío!—exclamó.—¡No me preguntes! ¡Sobre todo tú, no me preguntes! ¡No puedo decirte nada! ¡Nada! ¡Nada más sino que estoy segura—¿me comprendes?—completamente segura de que Miguel Nikolaievitch no vino aquí la noche última!

—Ha venido—afirmó otra vez la voz ligeramente temblorosa de Rouletabille.

—¡Y ha venido con el veneno! ¡Ha venido para envenenar a tu padre, Natacha!—gimió Matrena Petrovna, que se retorció las manos con gestos ingenua y sinceramente trágicos.

—¡Y yo—repitió arduosamente la hija de Feodoro con acento de convicción que estremeció a todos los presentes, y sobre todo a Rouletabille,—yo os digo que no era él, que no era él, que no podía ser él! ¡Os juro que era otro, otro!

—Pero, entonces, a ese otro también vos le habréis introducido—dijo Kuprian.

—¡Pues bien, sí; yo he sido! ¡Yo he sido quien dejé abierta la ventana y entreabiertas las maderas! ¡Si; eso he hecho! ¡Pero yo no esperaba al otro, al que ha venido a

asesinar a mi padre! En cuanto a Miguel Nikolaievitch, os juro, padre mío, por lo que haya más sagrado en el Cielo y en la Tierra, que *no podía cometer ese crimen que decís*. ¡Y ahora matadme, porque no puedo decir más!

—El veneno—replicó fríamente Kuprian,—el veneno vertido en la poción del General era el arseniato de sosa que contenían las uvas traídas por el Mariscal de la corte. Esas uvas el Mariscal, que recomendó lavarlas, se las había entregado a Miguel Nikolaievitch y a Boris Alexandrovitch. Las uvas han desaparecido. Si Miguel es inocente, ¿acusáis a Boris?

Natacha, que parecía haber perdido de pronto las fuerzas para defenderse, gimió extenuada, moribunda, agonizante:

—¡No, no! ¡No acuséis a Boris! ¡No faltaba más que eso! ¡No acuséis a Miguel! ¡No acuséis a nadie, ya que nada sabéis, ya que no se sabe nada! Pero esos dos son inocentes. ¡Creedme! ¡Creedme! ¡Ah! ¡Cómo deciros!... ¡Pero no puedo deciros más! ¡Y habéis matado a Miguel! ¡Ah! ¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho?

—Hemos suprimido un hombre—dijo la voz glacial de Kuprian—que era ejecutor de las bajas obras del nihilismo.

Irguióse Natacha con nueva energía, de la cual se la hubiera creído incapaz una vez llegada a tal grado de desesperación, y levantó los puños sobre Kuprian, diciendo:

—¡No es verdad! ¡Eso son mentiras, infamias, horrores de la policía! ¡Se trata de papeles amañados para perderle! ¡En su casa no había nada de lo que decís! ¡Es imposible! ¡No es verdad!

—¿Dónde están los papeles?—preguntó con voz breve Feodoro.—Dádmelos inmediatamente, Kuprian: quiero verlos.

Kuprian se turbó un poco, y esto no pasó inadvertido para Natacha, que exclamó:

—¡Sí, sí! ¡Que los entregue! ¡Que los traiga, si los tiene! ¡Pero no los tiene!—añadió con salvaje alegría.—¡No tiene nada! ¿Lo ves, papá? ¡Ya ves que no tiene nada! ¡A no ser así, ya me los habría arrojado a la cara! ¡No tiene nada! ¡Te digo que no tiene nada, nada!

Y cayó al suelo sollozando y gimoteando: “¡No tiene nada! ¡Nada!”—Diríase que lloraba de alegría.

—¿Es verdad?—preguntó Feodoro Feodorovitch con su aire más sombrío.—¿Es verdad, Kuprian, que no tenéis nada?

—Es verdad, mi general. No hemos encontrado nada. *Ya se lo habían llevado todo.*

Natacha prorrumpió en un verdadero alarido de gozo.

—¡No ha encontrado nada, y le acusa de haber trabado lazos con los revolucionarios! ¿Por qué? ¿Porque yo le recibía? Pero ¿soy yo una revolucionaria? ¡Decidlo! ¿He jurado yo matar a mi padre? ¡Yo! ¡Ah! ¡No sabe qué decir! ¡Ya ves, papá, que se calla! ¡Ha mentido!

—Kuprian, ¿por qué nos habéis engañado?—preguntó severamente el General.

—¡Oh! Desde hace tiempo sospechábamos de Miguel; y en verdad, después de lo que acaba de ocurrir, ya no podemos tener ninguna duda.

—Sí; pero afirmabais tener papeles, y no los tenéis. Esos procedimientos son abominables, Kuprian—replicó Feodoro con tono cada vez más sombrío;—expedientes que muchas veces os he oído condenar.

—General, estamos seguros—entendedlo bien,—absolutamente seguros de que el hombre que ayer quiso envenenaros y el hombre de hoy, *el que hemos muerto*, son una misma persona.

—¿Y por qué estáis tan seguros de eso? Preciso es que lo digáis—insistió el General, que temblaba de angustia y de impaciencia.

—¡Sí; que lo diga, papá! ¿Por qué?

—Preguntádselo al señor—dijo Kuprian.

Todos se volvieron a Rouletabille.

El repórter replicó, afectando una sangre fría que en realidad no tenía:

—Puedo afirmar ante vos, como ya lo he hecho ante el señor prefecto de policía, que una sola y misma persona ha dejado en el muro y en el balcón las huellas de sus diferentes escalos.

—¡Insensato!—interrumpió Natacha con ímpetu rencoroso contra el joven.—¿Y eso os basta?

El General asió brutalmente la muñeca del repórter.

—Escuchadme, caballero—le dijo.—Un hombre ha venido aquí esta noche. Eso me concierne a mí, y nadie más que yo tiene el derecho de asombrarse de ello. Es asunto mío; un asunto entre mi hija y yo. Pero acabáis de decirnos que estáis seguro de que ese hombre es un asesino, y, como veis, eso ya es otra cosa. Para sostenerlo se necesitan pruebas, y pruebas inmediatas. Habláis de huellas. Pues bien; vamos a examinarlas juntos. ¿Por vos deseo, caballero, quedar tan convencido como lo estáis!

Rouletabille se desasíó suavemente, y dijo con perfecta calma:

—Ahora, caballero, no puedo probaros nada.

—¿Por qué?

—Porque ya los agentes han pasado por encima de mi prueba.

—Y en verdad, no queda más que vuestra palabra, vuestra fe en vos mismo. ¿Y si os hubieseis engañado?

—¡Nunca lo confesaría, papá!—exclamó Natacha.—

¡Ah! ¡Él es quien merecía a estas horas haber sufrido la suerte de Miguel Nikolaievitch! ¿No es verdad? ¿No es verdad que lo sabíais, y que eso será causa de vuestro eterno remordimiento? ¡Hay algo que siempre os vedará decir que os habéis equivocado! ¡Es que habéis hecho morir a un inocente! ¡Lo sabéis bien! ¡Sabéis que yo no habría introducido aquí a Miguel Nicolaievitch si hubiera sabido que era capaz de querer envenenar a mi padre!

—De eso, señorita—replicó Rouletabille, sin bajar los ojos bajo la mirada fulminante de Natacha,—*de eso estoy completamente seguro.*

Y tal tono empleó para decir esto, que Natacha siguió fija en él con angustia incomprensible. ¡Ah! ¡Qué miradas cruzaron! ¡Qué muda escena pasó entre ambos jóvenes, uno de los cuales quería hacerse comprender, y la otra parecía temer más que nada haber sido comprendida! Natacha murmuró:

—¡Cómo me mira! ¡Ah! ¡Es el Demonio! ¡Sí; el *domovoi*, el verdadero *domovoi*! ¡Pero guárdate, desdichado, porque no sabes lo que has hecho!

Volviéndose bruscamente hacia Kuprian, preguntó:

—¿Dónde está el cadáver de Miguel Nicolaievitch? ¡Quiero verlo! ¡Es preciso que lo vea!

Feodoro Feodorovitch se había dejado caer anonadado en un sillón. Matrena Petrovna no se atrevía a acercarse a él. El gigante parecía herido de muerte y para siempre abatido. Nada habían logrado las bombas, ni las balas, ni el veneno; pero la sola idea de la cooperación de su hija en la obra de horror que se tramaba en torno suyo, o mejor, la imposibilidad en que estaba de comprender la actitud de Natacha, su misteriosa conducta, sus confusas explicaciones, sus gritos insensatos, sus protestas de inocencia, sus acusaciones, sus amenazas, sus ruegos y su completo

desorden ante el hecho cierto y confesado de su entrevista nocturna en aquella trágica aventura en que Miguel Nikolaievitch había encontrado la muerte, le había quebrantado a él, a Feodoro, dejándole como un pelele. Aferróse momentáneamente a una vaga esperanza al comprobar que Kuprian estaba menos seguro de lo que al principio parecía en sus acusaciones contra el oficial ayudante. Pero, ¡ah!, esto era a sus ojos un detalle insignificante: lo único que le importaba era la significación del acto de Natacha, y la desdichada no parecía preocuparse siquiera de lo que Feodoro pudiera pensar de ella. No había dicho ni una palabra para tranquilizarle; forcejeaba entre Kuprian, Rouletabille y Matrena Petrovna defendiendo a su Miguel Nikolaievitch, mientras él, su padre, después de haber querido despedazarla, agonizaba en un rincón.

Kuprian se acercó al desdichado y le dijo:

—Escuchadme bien, Feodoro Feodorovitch. Quien os habla es el jefe superior de policía por la voluntad del Czar, y vuestro amigo por la gracia de Dios. Si delante de nosotros, que estamos al corriente de todo y que sabemos guardar secreto, no pedís a vuestra hija la explicación de su conducta con Miguel Nikolaievitch, y si ella no responde con entera sinceridad, yo nada más tengo que hacer aquí. Ya se ha expulsado a mis hombres de esta casa como indignos de guardar al más leal vasallo de S. M., y yo no he protestado; pero a mi vez os pido que me probéis que el enemigo más temible que tenéis en vuestra casa no es vuestra hija.

Estas palabras, que resumían claramente la horrible situación, fueron como un alivio para Feodoro. Sí, era preciso saberlo. Kuprian tenía razón. Hacía falta que la joven hablase, y requirió a su hija para que se explicara, para que lo dijese todo, todo.

Natacha dirigió a Kuprian una mirada de odio mortal, y repitió con voz firme, dirigiéndose a su padre:

—¡No tengo nada que decir!

—¡He aquí la cómplice de vuestros asesinos!—exclamó entonces Kuprian extendiendo el brazo hacia ella.

Natacha lanzó un grito de bestia herida, y se arrojó a los pies de su padre; le estrechó con sus brazos suplicantes, le oprimió contra su pecho, sollozó sobre su corazón; y *la otra*, sin comprender nada, la dejaba hacer mirándola de lejos, hostil, sombría. La joven gimio desolada, lloró ruidosamente, y el énfasis dramático de que rodeó a Feodoro estallaba como los gritos de otro tiempo, cuando en el fondo del cuarto de las mujeres el padre todopoderoso se aprestaba a castigar a la culpable.

—¡Padre mío! ¡Querido padre! ¡Mírame! ¡Ten piedad de mí, y no me pidas que se abra la boca, que debe permanecer cerrada para siempre! ¡Y créeme! ¡No creas a esos hombres! ¡No creas a Matrena Petrovna! ¿Es que no sientes mi corazón sobre el tuyo, mis lágrimas en tus mejillas? ¿Es que no soy tu hija, tu purísima hija, tu Natacha *Feodorovna*? ¡No puedo explicarte!... ¡No; por la Virgen, Madre de Jesús, no puedo explicarte!... ¡Por los santos iconos..., por mi madre, a quien no he conocido, y a quien has reemplazado tú, padre mío, no me preguntes nada! ¡Pero estréchame entre tus brazos como cuando era pequeña; bésame, padre querido; ámame, porque nunca he tenido tanta necesidad de tu cariño! ¡Ámame, porque soy muy desgraciada! ¡Muy desgraciada, ya que no puedo ni aun matarme ante tu vista para probarte mi amor y mi inocencia! ¡Papá, papá! ¿De qué te servirán los brazos en los días que te restan de vida, si no quieres estrecharme contra tu corazón?

Restregaba la cabeza en las rodillas de Feodoro. Sus

cabellos se habían desatado, y pendían tras ella en magnífico desorden.

—¡Mira en mis ojos!—decía.—¡Mira en mis ojos! ¿No ves cómo te aman, *batouchka*, mi *batouchka* querido?

Feodoro lloraba, y sus gruesas lágrimas confundíanse con el llanto de Natacha. Levantó la cabeza de su hija, y le preguntó sencillamente con voz dolorida:

—Ahora no puedes decirme nada; pero ¿cuándo me lo dirás?

Natacha clavó los ojos en él; luego su mirada se dirigió al cielo, y de sus labios salió como un soplo esta palabra:

—¡Nunca!

Matrena Petrovna, Kuprian y el repórter se estremecieron en la espera augusta y terrible de lo que iba a pasar. Feodoro cogió con ambas manos la cabeza de su hija, consideró largamente aquellos ojos elevados hacia el cielo, aquella boca que acababa de decir “¡nunca!”, y luego sus rudos labios se posaron en los labios pálidos de la doncella, y la retuvo estrechamente abrazada. La joven se levantó triunfante, extraviada, con el brazo extendido hacia Matrena.

—¡Me ha creído!—gritó.—¡Y vos también me habríais creído si hubierais sido mi madre!

Dicho esto, inclinó la cabeza hacia atrás, y cayó al suelo inanimada. Apenas hubo caído, ya Feodoro estaba a su lado de rodillas, prodigándole tiernos cuidados, hablándole dulcemente, a la vez que rechazaba a los demás.

—¡Idos!—gritó con terrible cólera.—¡Idos todos! ¡Y tú también, Matrena Petrovna, vete!

Todos desaparecieron espantados, barridos por aquel gesto salvaje.



En la pequeña quinta de Krestowsky había un cadáver.

velado por algunos agentes de la *Okrana* que esperaban la vuelta de su jefe. Herido de muerte, Miguel Nikolaievitch había ido a morir allí, y los otros le acompañaron hasta que exhaló el último suspiro: detrás de él iban cuando expirante entró de rodillas en su habitación. También estaba a su lado Catalina, la pequeña bohemia, que inclinando sobre el herido su enigmática cabeza, había asistido a la rápida agonía. Los agentes lo registraron todo, todo lo saquearon; descerrajaron los cajones, y revolvieron armarios y baúles. En sus investigaciones recorrieron toda la casa, examinaron hasta el interior de los jergones, y no respetaron siquiera el cuarto de Boris Mourazof, ausente aquella noche. Nada quedó por escudriñar; y si bien no hallaron cosa alguna en las habitaciones del muerto, revolvieron multitud de papelotes en las de Boris: libros de Occidente, ensayos de Economía política, una historia de la Revolución francesa, y versos que podían dar motivo para ahorcarle. Con todo ello hicieron un lío, que fué sellado. Entretanto Miguel expiraba en brazos de Catalina, que le había desabrochado la levita y la camisa, sin duda para facilitarle la respiración en los últimos estertores. Mientras nadaba—porque se había arrojado al Neva,—el infeliz recibió una bala detrás de la cabeza. Era milagroso que hubiera podido arrastrarse hasta allí. Sin duda esperaba poder morir en paz en aquella casa. Evidentemente, creyó que podía llegar a ella después de haber despistado a sus perseguidores. No sabía que había sido denunciado su refugio postrero.

A la sazón los agentes habían terminado su tarea después de recorrer desde la cueva al granero. Kuprian, seguido de Rouletabille, se había reunido con ellos de regreso de la quinta Trebassof. El repórter no pudo soportar la presencia del cadáver, aún caliente y con los ojos

muy abiertos, que parecían mirarle y acusarle de su muerte. Volvióse con disgusto; tal vez con miedo. Kuprian advirtió aquel movimiento.

—¿Os aflige?—preguntó el jefe de policía.

—Sí—contestó el periodista.—Siempre se debe compadecer a un muerto. Y sin embargo, éste era un bandido, un bandido de derecho común. Con todo, lamento sinceramente que haya dejado de existir antes de haber quedado convicto.

—¿Creéis que estaba a sueldo de los nihilistas? ¿Sigue siendo ése vuestro parecer?—interrogó Kuprian.

—Sí.

—Pues sabed que en la casa no se ha encontrado prueba alguna: sólo se han hallado algunos papeles interesantes en el cuarto de Boris Mourazof.

—¡Ah!

—¿Qué decís a eso?

—Nada.

Kuprian interrogó de nuevo a sus hombres, los cuales le respondieron: “No; nada se ha descubierto en el cuarto de Miguel.” Pero pronto nota Rouletabille que la conversación entre el jefe y sus agentes se hace más animada. Kuprian monta en cólera y les hace duros reproches, de los cuales los otros intentan justificarse con rápidas explicaciones; sale Kuprian, y Rouletabille le sigue. ¿Qué pasa? No puede detenerle; pero llega a su lado y le pregunta. Entonces, brevemente, caminando siempre delante de él y sin volver la cabeza, Kuprian le dice que acaba de saber que sus agentes habían dejado un instante a la pequeña Catalina, a la bohemia, a solas con el oficial moribundo. Catalina era la criada de Boris y de Miguel, y sin duda conocía los secretos de uno y otro. Era un deber elemental vigilarla; pero lo habían descuidado, y a la

sazón no se sabía dónde estaba. Era menester buscarla, encontrarla absolutamente, porque había abierto la letra de Miguel, y tal vez por eso no se encontró ningún papel en el cadáver cuando los agentes le registraron. No era natural aquella ausencia de papeles y de cartera.

La caza comenzó en el rosado amanecer de las Islas, ya teñido de sangre. Algunos agentes gritaban acá y allá haciendo indicaciones. Corrieron bajo los árboles, porque estaban casi ciertos de que la fugitiva había tomado el estrecho sendero que conducía al puente que une Krestowsky con Kameny-Ostrow. Algunos nuevos informes suministrados por los agentes que surgían a derecha e izquierda del camino confirmaron esta hipótesis. ¡Y ni un coche! Siguiéron corriendo. Kuprian era uno de los primeros. Rouletabille no se quedaba atrás, pero tampoco le adelantaba. De pronto se oyeron gritos y llamamientos entre los gendarmes, los cuales habían descubierto algo que allá abajo se deslizaba por una pendiente. Era la muchacha, que volaba como el viento en desenfundada carrera. En aquel momento los perseguidores atravesaban Kamery-Ostrow por la orilla Oeste. “¡Ah! ¡Un coche! ¡Un caballo!”—suspiraba Kuprian, que había dejado su vehículo en Eliaguine.—“¡La prueba va ahí! ¡Es la prueba lo que se nos escapa!”

Ya el espacio que atravesaban estaba despejado, y se distinguía muy bien a Catalina, que llegaba al puente Eliaguine. ¡Hela ya en Eliaguine-Ostrow! ¿Qué hacía? ¿Dirigíase a la quinta de Trebassof? ¿Qué quería decir aquello? No; torcía a la derecha. Los agentes galopaban tras ella, que aún iba lejos. Parecía infatigable. En aquel momento desapareció bajo los árboles en la espesura del bosque, siempre a la derecha. Kuprian lanzó un grito de júbilo; adondequiera que fuese, estaba cogida. Dió apre-

suradamente algunas órdenes para que se cercara la isla. ¡No podría escapar! Pero ¿adónde iba? Kuprian conocía aquella isla mejor que nadie. Tomó por un atajo para llegar a la orilla, a la cual parecía encaminarse Catalina, y de pronto cayó casi sobre ella, que se había dejado sorprender, lanzó un grito, y de nuevo se salvó corriendo a escape.

—¡Párate, o tiro!—gritó el jefe de la policía; y sacó un revólver. Pero una mano se lo arrancó de las manos.

—¡Nada de eso!—dijo Rouletabille, que arrojó el arma lejos de sí.—Kuprian reanudó jurando la carrera. El furor decuplicaba su agilidad y sus fuerzas. Ya iba a alcanzar a Catalina, cuando el periodista se echó entre sus piernas, y ambos rodaron sobre la hierba. Cuando el jefe superior de policía logró levantarse, vió que la muchacha subía a toda prisa la escalera que conducía a la *barca*, el restaurant flotante de la *strielka*. Maldiciendo al periodista, pero creyendo al fin alcanzar fácilmente su presa, Kuprian caminó a su vez hacia la *barca*, en cuyo interior la niña acababa de desaparecer. Puso el pie en la primera grada de la escalera a tiempo que en la última, bajando del pequeño navío, aparecía un hombre: era el príncipe Galitch. Fué como si Kuprian hubiese recibido un tiro que le detuviera en seco al principio de su ascensión. Galitch tenía un aire satisfechísimo, acerca del cual no era posible que se enganñase el jefe de policía. Evidentemente, Kuprian llegaba tarde: tal fué su absoluta certidumbre. La presencia del Príncipe en la *barca* le explicaba satisfactoriamente el por qué de la carrera de Catalina. Si la bohemia se había apoderado de la cartera del muerto, sin duda alguna ya la tenía el Príncipe en el bolsillo.

Al verle pasar a su lado, Kuprian se estremeció. El Prín-

cipe le saludó, y se movió con cierta ironía de su embarazo y confusión.

—Y bien—le dijo,—¿cómo va, mi querido señor Kuprian? Parece que Vuestra Excelencia ha madrugado mucho; a no ser que sea yo quien se acueste demasiado tarde.

—Príncipe—replicó Kuprian,—mis hombres persiguen a una muchacha bohemia llamada Catalina, muy conocida en los *restaurants* donde canta. La hemos visto subir a la *barca*. ¿La habéis encontrado por casualidad?

—A fe mía, señor Kuprian, no soy el conserje de la *barca*, y no he visto nada ni a nadie. Pero soy un tanto distraído: perdonadme.

—Príncipe, no es posible que no hayáis visto a Catalina.

—¡Ah, señor jefe de policía! Si la hubiera visto, no os diría nada, supuesto que la perseguís. ¡Supongo que no me tomaréis por uno de vuestros sabuesos! Se dice que los tenéis en todas partes; pero yo os afirmo que todavía no he pasado por vuestra caja, aunque eso sea un desacierto, señor Kuprian.

Y el Príncipe volvió a saludar. Pero Kuprian le detuvo diciéndole:

—Príncipe, considerad que se trata de un asunto muy grave. Miguel Nikolaievitch, el oficial ayudante del general Trebassof, ha muerto, y esa chiquilla ha robado los papeles después de registrar el cadáver. Todos los que hayan hablado con ella son sospechosos. Es un asunto de Estado, caballero, que puede tener gravísimas consecuencias. ¿Podéis jurarme que no habéis visto, que no habéis hablado a Catalina?

El Príncipe miró a Kuprian con tal aire de insolencia, que el jefe de policía palideció de rabia. ¡Ah! ¡Si hubiera podido...! Pero no podía tocar a aquel hombre. Galitch se

alejó sin añadir una palabra, y ordenó al *schwitzar* que se acercara con el coche.

—¡Está bien!—dijo Kuprian.—¡Informaré al Czar! Galitch se volvió al oír esto. Estaba tan pálido como Kuprian.

—En tal caso, caballero—replicó,—no olvidéis decirle que soy el más humilde vasallo de Su Majestad.

Avanzó el coche, y el Príncipe montó. Kuprian le miró alejarse con la rabia en el corazón y los puños crispados. En aquel momento llegaban sus hombres.

—¡Id! ¡Buscad!—les dijo brutalmente mostrándoles la barca.

Todos se precipitaron en el establecimiento y penetraron en las salas interiores. Oyéronse gritos y protestas que denotaban malísimo humor; sin duda alguna, los últimos comensales no se mostraban muy satisfechos de aquella repentina invasión de la policía. Los agentes obligaron a todo el mundo a levantarse, miraron debajo de las mesas y de las sillas, y levantaron todos los manteles colgantes. Visitaron la repostería, la sala, todo; pero no hallaron a Catalina. De pronto Kuprian, que esperaba el resultado de sus pesquisas apoyado en el parapeto, y con la mirada vagando por el horizonte, se estremeció. Allá abajo, muy abajo, al otro lado del ancho río, entre un pequeño bosque y el *Staraia Derevnia*, abordaba una ligera embarcación, y un punto negro como una pulga le saludaba. En aquel pequeño punto Kuprian reconoció a Catalina, que se había salvado. Ya no tenía nada que esperar, y era inútil buscarla en las cercanías de aquel barrio, donde sus congéneres los bohemios vivían a sus anchas en medio de costumbres, libertades y franquicias que nunca habían sido violadas. Toda la población bohemia de la capital se hubiera sublevado, Además, ¿a qué preocuparse ya de Cata-

lina? Al príncipe Galitch era a quien sería preciso detener. Acercóse al jefe uno de sus hombres.

—¡Mala suerte!—le dijo.—No hemos encontrado a Catalina, que, sin embargo, ha venido. Se detuvo un momento con el príncipe Galitch, le ha entregado no sé qué, y se ha ido en la canoa de a bordo.

—¡Maldición!—exclamó furioso el jefe de policía.—¡Estaba seguro de ello!

Cada vez parecía más exasperado. Descendió por la orilla, y la primera persona que vió fué Rouletabille, que le esperaba sin impaciencia, filosóficamente sentado en un banco.

—¡Os buscaba!—le gritó.—¡Se nos ha escapado por culpa vuestra! ¡Si no os hubierais metido entre mis piernas...!

—Lo hice de propósito—declaró el repórter.

—¡Cómo! ¿Qué decís? ¿Lo habéis hecho de propósito?

Kuprian estaba muy indignado.

—Excelencia—dijo el periodista, cogiéndole del brazo,—calmaos. ¡Nos miran! Vamos a tomar una taza de té en casa de Cubat. Allí, paseándonos tranquilamente...

—¿Me explicaréis?

—¡Dios mío, Excelencia! Recordad que a cambio de la vida de vuestro prisionero os he prometido la vida del general Trebassof. Pues bien; arrojándome sobre vos e impidiendo que atrapais a Catalina, he salvado la vida al General. ¡Es muy sencillo!

—¿Queréis burlaros? ¿Es que os mofáis de mí?—Pero bien pronto comprendió que Rouletabille no reía ni se mofaba de nadie.

—Caballero—añadió,—ya que habláis seriamente, quisiera comprender bien...

—¡Es inútil!—añadió el periodista. Y hasta conviene que no comprendáis nada.

—Pero, en fin...

—¡No, no; no puedo deciros nada!

—¿Cuándo me diréis algo que me haga comprender vuestra inverosímil conducta? Rouletabille le detuvo, y declaró solemnemente:—Señor Kuprian, acordaos de lo que, elevando al cielo sus bellos ojos, respondió Natacha a su padre, que también quería comprender:

¡Nunca!

ALAS diez de la mañana se presentó Rouletabille en la quinta Trebassof, que había recobrado su guardia de agentes secretos; guardia doble, porque Kuprian estaba persuadido de que los nihilistas no tardarían en querer vengar la muerte de Miguel. Rouletabille sólo fué recibido por Ermolai, que no le dejó entrar. El intendente le dió en ruso explicaciones que el joven no comprendió; o mejor dicho, Rouletabille comprendió muy bien que en adelante la puerta de aquella casa estaba para él cerrada. En efecto; fué en vano que pretendiera ver al General, a Matrena ni a Natacha. El otro no respondía más que: “*¡Niet, niet, niet!*” Volvióse, pues, el repórter sin haber visto a nadie.

Su aire era en extremo melancólico. Regresó de la quinta a pie dando un largo paseo, durante el cual le agitaron los pensamientos más sombríos. Como pasase cerca de la oficina de policía, resolvió ver a Kuprian. Entró, en efecto, y se hizo anunciar.

Llevado inmediatamente a la presencia del superior, le encontró examinando un largo informe que acababa de compulsar con cierta agitación.

—He aquí lo que me envía Gounsovski—dijo con su voz más ruda y mostrando el informe.—“Para prestarme un servicio”, Gounsovski me hace saber que no ignora nada